

tencia, obrando desde Ella con su amor, causa de la felicidad humana.

13. Tras la inmensidad de Dios viene su *Bondad*. Repetimos á cada paso que Dios es bueno, y esta es una de las verdades capitales que solemos proferir espontáneamente; y Dios es bueno con bondad absoluta, ó sumamente perfecto; y Dios es bueno con bondad relativa, ó en cuanto á las criaturas es sumamente conveniente y apetecible; y Dios es bueno con bondad moral, ó sumamente santo y autor de toda santidad. «Nadie es bueno sino sólo Dios» (1) ha enseñado la Verdad eterna; y esta perfección infinita de Dios está como en arsenal inmenso en la Sagrada Eucaristía, donde Jesucristo depositó largamente las riquezas todas de su amor (2). Si queremos saber donde está la bondad del Dios Hombre debemos penetrar en el santuario, adelantarnos hacia el tabernáculo, abrir su portezuela, separar la cortinilla, y estudiar detenidamente lo que allí se encuentra. Entonces veremos que todo un Dios, llevado de los impulsos de su bondad, se ha encarcelado por amor á los hombres á fin de concederles los tesoros de sus perfecciones divinas. Oiremos que nos dice: «Venid á mí los que estáis trabajados y cansados que yo os recrearé» (3). «Venid á mí y comeréis de mi pan y beberéis de mi vino que en esta eucarística Mesa os he preparado» (4). Y para confirmarnos en este dogma, y para estimularnos á que lo sigamos, escucharemos también al vate coronado que nos dice: «Gustad y ved porque bueno y suave es el Señor;» (5) y después que hubiéremos experimentado esta suavidad de Jesucristo, entonces podremos asimismo exclamar con el profeta: «¡Oh cuán bueno es Dios para aquéllos que son rectos de corazón» (6)!

14. La bondad del Dios del Sacramento nos da la mano

- (1) Luc. 18, 19.
 (2) Trid.
 (3) Math. 11, 28.
 (4) Cant. 5, 1.
 (5) Ps. 33, 9.
 (6) Ps. 12, 1.

para que entremos en el santuario á investigar su *Sabiduría* increada. No es Dios como el hombre que miente, pues con la luz eterna de su esencia conoce todos los caminos, todos los seres, todos los pasados, todos los presentes, todos los futuros y todos los posibles, y su conocimiento infinito le obliga á decir verdad. ¡Oh sabiduría de Dios, que sola tú sabes señalar las veredas á los mortales para que lleguen seguros á la felicidad! Todas las operaciones en Dios se reducen á un solo, único y simplicísimo acto por medio del cual ve, conoce, quiere y obra todas las cosas. ¿Y quién podrá penetrar en los sapientísimos arcanos del Excelso? «¡Oh sublimidad de las riquezas de la ciencia y sabiduría de Dios» (1)! Pero sabemos por la fe que el Eterno nada ve y nada conoce, sino en orden á la perfección y para el bien. He aquí por qué la ciencia y la sabiduría divinas son abri-llantadas por el orden y la perfección y el bien eternos; y porque Dios quiere este bien y esta perfección y este orden en los hombres, de ahí que haya instituido el Santísimo Sacramento, en el cual, como en bella cifra, ha depositado su ciencia y sabiduría, productoras de aquellas riquezas mediante la recepción sacramental del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo. Mas esta sabiduría y esta ciencia de Jesucristo en la divina Eucaristía son comunicativas. Como Dios es de sí enteramente difusivo y se nos ha comunicado misteriosamente por medio del Pan eucarístico, he ahí por qué desea hacernos también partícipes de su ciencia y sabiduría. Los cristianos que, inmaculados de corazón, saben aprovecharse de este Maná celeste, adquieren divinas luces interiores con las cuales conocen las enseñanzas de Jesucristo y saben andar sin tropiezo por los caminos rectos de la virtud y del bien; y santos ha habido que, merced á una gracia eucarística extraordinaria, pudieron, por su ciencia infusa, ser la admiración de los poderosos y de los sabios. Siempre será verdad que los que buscan la ciencia en todas partes menos en Jesucristo, son verdaderos ignorantes.

(1) Rom. 11, 33.

15. Mas todavía no he acabado de hacerlos oír las suaves consonancias existentes entre las perfecciones divinas y el Misterio inefable de nuestros altares. De un modo especial brilla entre aquéllas la *Omnipotencia*. ¿Quién no se ha fijado alguna vez en sí mismo, y no ha visto la portentosa máquina del cuerpo humano, movida por el alma, y no ha averiguado las relaciones íntimas que entre ambos existen? ¿Quién, al recorrer el dilatado campo, y subir al empinado monte, y bajar al horrible precipicio, é internarse en las entrañas de la tierra, no ha descubierto en todas estas obras maestras la omnipotencia de Dios? ¿Quién, al meditar en una insignificante planta, en una humilde flor, en un pequeño insecto, no se ha maravillado al ver en ellos dibujado el dedo de Dios? ¿Quién no ha paseado su curiosa vista por la bóveda de los cielos, y al ver tantas hermosas lámparas encendidas y colgadas en el espacio, rigiéndose por leyes necesarias, no ha bendecido el poder de Dios? Todo tuvo existencia al impulso de la palabra divina, y todo sigue obedeciendo la voluntad del Omnipotente; mas el Señor, para darnos todavía una fuerte sorpresa de su omnipotencia, quiso encerrarse en los estrechos límites de una Hostia consagrada, apurando al efecto los tesoros de su poder, de su ciencia y de su amor; y aquel Dios que en el Sina aparecía al caudillo de Israel entre el fulgor del rayo y el estampido del trueno; y aquel Dios que sustentaba por espacio de 40 años al pueblo hebreo con el maná del cielo; y aquel Dios que en los furioses de su ira mandaba degollar á los inobedientes á su ley, es el Dios que tras humildes velos eucarísticos se esconde; es el Dios que sustenta al pueblo cristiano con su Cuerpo y Sangre; es el Dios que perdona al pecador arrepentido y le convida á su mesa divina. ¡Cuán grande, cuán poderoso es Dios!

16. Por lo mismo que es poderoso, por lo mismo que es magnífico es digno de ser amado, y lo es sin duda porque Él *nos ama* con vehemencia. ¿Podrá la inteligencia creada concebir y menos describir el amor que Dios pro-

fesa á sus criaturas? Artífice sabio, no puede por menos de querer hasta con exceso las obras fabricadas por sus manos. ¿Podrá algún serafín decirnos hasta qué grado ama á sus escogidos? «Yo amo á los que me aman, (1) dice el Señor, y los amo con caridad eterna» (2). Es la voluntad en Dios, perfección infinita que apetece libremente; y nadie, absolutamente nadie, y nada, absolutamente nada puede poner óbice á sus altos decretos. Pero el Señor quiere siempre el bien, porque es bueno, porque es justo, porque es santo, porque es perfecto; y si algunas veces quiere el mal de pena, lo apetece en orden al bien, para la salud de los hombres. Á esto podríamos añadir, que la perfección del bien es el amor en sumo grado, el amor perfecto; y estas dos clases divinas de amores, si es verdad que las patentizó en la Creación, y sobre todo en la Redención, nos las declaró de un modo singular en la institución del Sacramento Santísimo, por el cual y para el cual amó á sus discípulos hasta el exceso (3). La institución de la Eucaristía fué ciertamente, permítase la frase, un delirio divino.

Esta voluntad perfecta, empero, no puede estar en la inacción. Como la llama de fuego que jamás está quieta, así la voluntad divina, traducida por un amor incesante en la Eucaristía, siempre está en perpetuo movimiento para amar al hombre y para otorgarle toda clase de bienes espirituales y temporales si convienen. ¿Qué diremos del amor de Jesucristo Sacramentado? ¿Habrá habido alguna petición que no haya satisfecho, alguna gracia que no haya concedido, alguna necesidad que no haya remediado? ¡Ah! Jesucristo en la Santa Eucaristía nos ama, pero nos ama con extremo, pues nadie pudo jamás imaginar que Dios hecho Hombre llegara á tener la dignación de disponer sus divinos miembros para el sustento espiritual de las almas.

17. Efecto del cariño vehemente que nos profesa, admi-

(1) Prov. 8, 17.
 (2) Jerem. 31, 3.
 (3) Joan. 13, 1.

ramos la *Misericordia* infinita de Dios, quien es esencialmente misericordioso, porque es esencialmente bueno, esencialmente santo. Esta perfección, llamada relativa, porque tiende, no á Dios mismo, sino á las criaturas, se destaca en la esencia divina para hacerse de tal manera simpática al hombre, que éste, aun en medio de sus horribles extravíos, confía esperanzado muchas veces en la misericordia de Dios. Es que N. Señor es bondadoso Padre, y propio es de bondadoso padre ser compasivo con sus hijos á quienes ama entrañablemente; por esta razón la Iglesia atribuye, no sin causa, á Dios el oficio de tener siempre misericordia y perdonar, (1) y el Apóstol le llama Padre de las misericordias (2). El profeta rey, acompañado de los dulces acordes arrancados á su arpa, sentía emocionarse al entonar las misericordias divinas, y repetía con frecuencia: Ah Señor! «De tu misericordia está llena la tierra (3), pues eterna es tu compasión (4), y entre todas tus obras las que más descuellan son las producidas por tu misericordia» (5). Perfección nobilísima, que tanto cautiva á los miserables y que tan propia es de los grandes, ¿no la debía poseer Jesucristo en el Sacramento del Altar? Si Jesucristo como Dios, categoría, si me es permitida la frase, esencialmente distinta del mundo y de sus moradores, tanta misericordia tiene de los hombres, como Hombre Dios, cuya naturaleza semejante á la nuestra tomó para sí; ¿no la tendrá de sus hermanos? Registrad una á una las páginas santas del evangelio y al terminar de leerlas exclamaréis para vuestros adentros: ¡Cuán bondadoso, cuán compasivo es Jesucristo!; perfecciones todas que de igual suerte y para continuar la hermosa obra de la Redención tiene en continuo ejercicio en la Sagrada Eucaristía para beneficio de los hombres. El hombre peca, el hombre blasfema de Dios luego de haber sido su amigo y su confidente; pero Dios le perdona al verle arrepentido, y todavía

(1) Oratio pro peccat.

(2) II Cor. 1, 3.

(3) Ps. 32, 5.

(4) Ps. 80, 8.

(5) Ps. 144.

le admite y aun le convida al banquete sagrado de su Cuerpo y Sangre. ¡Cuán misericordioso es Jesús Sacramentado!

18. Mas debemos tener en cuenta, que así como es misericordioso por esencia, es también esencialmente *Justo*. Los dos potentes brazos del Eterno son la misericordia y la justicia; pero con diferencia, porque está más inclinado á levantar con facilidad el brazo de la misericordia para perdonar, que dejar caer el brazo de la justicia para castigar. De todos modos, si Dios no fuese justo no sería Dios; verdad capital que no sólo es de razón sino más bien de fe; por eso notamos con temblor en los libros santos, que los inobedientes á la ley santa han sido en todos tiempos terriblemente castigados por el Señor; y de ello no sólo son testigos los pueblos gentílicos, sino más bien el pueblo predilecto de Israel, quien, al dar las espaldas á su Eterno Soberano, sintió crugir sobre sí el duro látigo de la justicia divina. Pero Dios es misericordioso aun en medio de su justicia; de ahí que los santos aseguren que no castiga el Señor según merece la maldad del pecador, para declararnos que las tendencias divinas son á perdonar. Una vez que Jesucristo vino al mundo á establecer su ley de amor, la misericordia y la justicia se imprimieron mutuamente fuerte ósculo de paz (1); y así como antes de su venida mostraba Dios á los hombres algunas veces las iras de su justicia, después de su venida ha enfrenado en cierto modo á ésta para exhibir su misericordia. En el Sacramento del Altar, por más que todo es bondad y mansedumbre, misericordia y compasión, no deja de ser asimismo fuerte y terrible, justo y amenazador, porque bien nos consta que es muerte para los malos y vida para los buenos (2); de ahí que nos ordene acercarnos con temor santo á la sagrada Mesa después de haber probado nuestra conciencia en el suave tribunal de la Penitencia, so pena de hacernos reos de condenación eterna (3).

19. En último término debemos estudiar al Dios Hom-

(1) Ps. 84, 11.

(2) Oficio del Santísimo Sacramento.

(3) I ad Corint., 11, 29.

bre sacramentado como *Providencia* de las criaturas; atributo divino de consecuencias provechosas y consoladoras para la humanidad doliente. Nada, absolutamente nada de lo que existe se concibe sin Dios, porque Dios es el autor de todo; la vida, el movimiento de los seres obedecen al impulso divino. Si Dios dejara de tener por un momento acción sobre el mundo; si levantara su fecunda mano para abandonarlo á sí propio, los seres dejarían de tener movimiento y vida; el mundo se transformaría en el caos, y nada, fuera de Dios, existiría: luego todo lo existente de Él depende: luego nada de lo existente se subtrae de su decisivo influjo. En consecuencia el hombre, todas las cosas puede, ayudado de Dios que le da fuerzas, (1) y después que haya trabajado lo razonable, debe depositar todos sus cuidados en esa amorosa Providencia (2) que todo lo rige, que prepara el sustento en tiempo oportuno (3) y que no permite caiga ni un cabello de nuestra cabeza sin su autorización (4). Y ese mismo Dios largamente pródigo, se ha ocultado en el Sacramento del Altar para que, ya que dependemos absolutamente de Él, y nada de bueno podemos sin Él, estemos tranquilos y pacíficos debajo de sus cuidados amorosos, como ovejas queridas debajo de las continuas vigilancias y finos regalos de su Pastor, sesteando á la sombra del Árbol de vida eucarístico, del cual penden los saludables frutos de vida eterna. Quiso Dios no estar lejos de nuestra compañía, sino cerca, muy cerca, entre nosotros mismos, y aun dentro de nosotros mismos, para que supiéramos buscarle y requerirle peticiones justas, ya que no podíamos pasar espiritualmente sin el influjo directo é inmediato de esa santa Providencia.

20. He terminado: y al dar rápidamente una ojeada por toda la doctrina enunciada en el presente discurso, saltan á la vista dos hermosas consideraciones: la 1.^a se deduce de

- (1) Philip. 4. 13.
 (2) Ps. 54. 23.
 (3) Ps. 144. 15.
 (4) Luc. XXI, 18.

las bellas perfecciones divinas, la 2.^a se desprende de la magnificencia de Cristo Sacramentado.

Hemos estudiado la perfecta unidad de Dios, su pura simplicidad, su admirable infinidad, su constante inmutabilidad, su clara incomprendibilidad, su elocuente inefabilidad y su cierta invisibilidad y visibilidad sobrenatural. Hemos estudiado su eternidad perpetua, su inmensidad magnífica, su bondad santa, su ciencia profundísima, su voluntad adorable, su misericordia grande, su omnipotencia mágica, su justicia terrible y su hermosa providencia; y anegados en la contemplación de estos perfectos atributos divinos, surge inmediatamente, como consecuencia lógica, la pequeñez del hombre que, aunque creado á imagen y semejanza de Dios, es infinitamente menor y más pobre que Él, pues á su simplicidad se opone diametralmente nuestra composición físico-espiritual, á su infinidad nuestra limitación, á su inmutabilidad nuestra mudanza, á su incomprendibilidad nuestra comprendibilidad, á su inefabilidad nuestra explicación y á su invisibilidad nuestra visibilidad. De igual manera nuestros cortos días se oponen diametralmente á la eternidad de Dios, nuestra ocupación de lugar á su inmensidad, nuestra maldad á su bondad, nuestra ignorancia á su ciencia, nuestro desafecto á su amor, nuestra dureza á su misericordia, nuestra flaqueza á su omnipotencia, nuestra injusticia á su justicia y nuestros descuidos á su Providencia. Ved ahí cuan pequeño y cuan miserable es el hombre, comparado con la grandeza divina.

He dicho que la segunda consideración se desprende de la magnificencia de Jesucristo Sacramentado. Y en efecto: los divinos atributos subsisten en la Santa Eucaristía, puesto que son una misma cosa con la naturaleza divina de Jesucristo Sacramentado. El mismo Dios quiso por modo maravilloso y exquisito que estos mismos perfectos atributos se destacasen con mágicos esplendores en el Sacramento del Altar, para que por la vista espiritual de los mismos rastreásemos la sublimidad que tienen en Dios, pues son su misma esencia, y nos acercásemos más, y nos juntásemos

más, y hasta nos pegásemos sobrenaturalmente á Él, mediante la Divina Eucaristía, imán poderoso para atraer las almas al Altísimo. Desde este punto de vista, colocados en estas eminentes alturas, ¡cuán hermoso, cuán magnífico, cuán sublime no aparece el Dios Hombre Sacramentado!

Desde el fondo de nuestras almas, puestos en profunda elevación, saludemos fervientes al Dios de la Eucaristía, ya que tanta grandeza ha depositado en el Misterio de los amores; obsequiémosle entusiastas, pues merced á estos divinos amores tantas gracias y mercedes del cielo llueven sobre el individuo y la sociedad; rindámosle, humildes, nuestras adoraciones, y más que las adoraciones nuestro corazón, y más que el corazón nuestro ser; sacrificuémoslo todo á Jesucristo: nuestras comodidades, nuestros intereses, nuestra familia, nuestros honores y nuestra personalidad, para que en la tierra el Dios de la Hostia brille más con nuestros continuos obsequios y atenciones, con nuestras asiduas reparaciones y desvelos, á fin de que sea conocido de todos, y de todos amado para que sobre todos reine é impere y sea nuestro Rey y consuelo en este mundo para ser en la eternidad nuestra felicidad y gloria. Amén.



DISCURSO IX

Hermosura de Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

Ecce tu pulcher es dilecte mi, et decorus.
Oh qué hermoso eres tú, amado mío, y gracioso.

CANT. I, 15.

Speciosus forma præ filiis hominum.
El más hermoso entre los hijos de los hombres.

Ps. 44.

1. Presenciamos en los tristes días por que atravesamos un espectáculo de horrible degradación. Todo se halla rebajado en el hombre. Ser inmortal por lo que á su alma respecta, y señor del universo por lo que toca á su compuesto, debiera tener elevación de miras, aspiraciones inmortales, resoluciones divinas. Pero nada menos que eso. No dirijamos nuestros ojos á la fétida cloaca del vicio en el que sumerge desgraciadamente su cuerpo, no sea que su vista empañe nuestro espíritu, y nuble la razón; volvámoslos, sí, á las ocupaciones habituales del alma, y la sorprenderemos dedicada con preferencia á las ciencias que más se rozan con la materia: las ciencias físicas, las ciencias naturales, las ciencias médicas, las artes mecánicas; nos sorprenderá todavía más la apreciación en que las tiene, el fuerte impulso que las da y la dotación que las ha otorgado, arrinconando en las aulas de los seminarios, en las celdas de los conventos y en las clases de ciertas universidades, las ciencias espirituales, las ciencias sobrenaturales, las ciencias místicas,